

RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA RAZA INDIGENA DE MÉXICO

POR EL C. CARLOS DE GAGERN.

INTRODUCCION.

El patriotismo bien entendido no debe alimentarse con ilusiones.

Por mas que uno quiera cerrar los ojos ante los males de la patria, por mas que uno los niegue obstinadamente, no por esto dejarán de subsistir.

La obligacion del verdadero patriota consiste, al contrario, en proceder á un diagnóstico escrupuloso y concienzudo de las enfermedades sociales de que adolece el país, que uno llama suyo, á fin de ocuparse en seguida de buscar los medios oportunos con que curarlas.

Una de las principales causas que han retardado el desarrollo de México, que han ocasionado el estado de debilidad en que todavía se encuentra, el cual forma un notable contraste con los innumerables elementos que posee, para elevarse á una altura prodigiosa de prosperidad y riqueza, y que han impedido el que sus esfuerzos de obtener un lugar preponderante en el areópago de las naciones civilizadas, hasta ahora no se hallen coronados de buen éxito, debe buscarse en el amalgama incom-

pleto de las razas que componen su poblacion.

El objeto de este estudio será poner en claro los obstáculos que principalmente nuestra raza indígena opone á que se realicen con la prontitud que todos deseamos, nuestras aspiraciones de ver á nuestra querida patria tan grande y tan feliz como merece serlo. Mas tarde trataremos de proponer los medios que nos parezcan los mas conducentes para remover estos obstáculos, si bien de antemano consideramos semejante tarea superior á nuestras fuerzas; tanto mas, cuanto que el mal que se ha de combatir es muy inveterado; que poco ó nada se ha hecho hasta ahora para destruirlo, desde que esta tierra fué conquistada por los españoles; y que puede reputarse casi como inherente á la raza americana, que se muestra rehacia á adoptar la civilizacion de los caucasicos, en parte por consecuencia de su misma índole, en parte porque, con razon, desconfia de cuanto estos le brindan, aunque sea en su propio provecho, porque siempre ve en los blancos á los descendientes de sus antiguos conquistadores y opresores, é instintiva-

mente recuerda el *Tímeo* *Danaos et dona ferentes*.

Comenzaremos por echar una rápida ojeada sobre la poblacion mexicana, como actualmente existe.

I.

POBLACION DE MÉXICO.

No estamos conformes con la clasificacion del género humano, segun ha sido establecida por Blumenbach, y la cual se halla aún generalmente adoptada en cinco razas, á saber:

- La caucásica ó blanca.
- La mongóla ó amarilla.
- La americana ó roja.
- La malaya ó cobriza.
- La etiópica ó negra.

Esta clasificacion, que á primera vista seduce por su aparente sencillez, sin embargo, en su mayor parte no está fundada sino en diferencias exteriores; y aun bajo este concepto no es completamente exacta, sobre todo, en cuanto á la designacion de las razas por el color de la epidérmis. Hay, por ejemplo, caucasicos tan negros como los mismos negros. Ademas, las razas mongóla, americana y malaya, tienen entre sí demasiados puntos de contacto para que se las pueda considerar como radicalmente diferentes. Preferimos la division del género humano, hecha segun la analogía de todo sér orgánico, que crece, llega al apogeo de su desarrollo, y decrece en seguida para perecer. Así, no tendremos mas que á tres razas:

- La ascendente.
- La culminante y
- La descendente.

La raza negra representa con propiedad el tipo de la infancia; la caucásica el de

la virilidad; la americana, la mongola y la malaya el de la vejez.

En México tenemos que hacer principalmente con las razas culminante y descendente, y con los *mestizos*, que son el producto del cruzamiento de las dos. La raza africana, la ascendente, se encuentra aquí en una minoría tan absoluta, que es innecesario contarla como un elemento que pueda ejercer una notable influencia sobre la poblacion mexicana en general, pues al principio de este siglo, los negros puros no llegaban á 10,000; y como desde entonces no ha habido mas que una sola inmigracion de poco mas ó ménos 2,500 esclavos negros, procedentes de la Isla de Cuba, estos casi han desaparecido; mezclándose, sea con los blancos, sea con los indios, y transformándose, por consecuencia, ó en *mullatos* ó en *zambos*.

Mucho ménos sensible es aun la influencia del elemento asiático. Por la frecuente comunicacion que existia en los tiempos de la dominacion española entre Acapulco y las Islas Filipinas, se habia establecido en la Nueva-España cierto número de chinos y malayos; pero como desde la independencia no les ha venido ningun refuerzo, se han confundido, por decirlo así, con nuestros indígenas, con tanta mayor facilidad, cuanto que, como ellos, pertenecen á la raza descendente.

Es sumamente difícil fijar con exactitud la cifra que representa ahora la poblacion de México, pues estamos seguros de que aun el censo hecho últimamente dista mucho de tener una exactitud absoluta; pero admitamos, conforme al mismo, que aquella se eleve á mas de ocho millones.

Segun Humboldt, los indígenas puros formaban en 1803, las dos quintas partes de nuestra poblacion; creemos, sin embargo, que aquel ilustre viajero estaba equi-

vocado en este cálculo, pues aun hoy día, á pesar de sesenta y cinco años de un cruzamiento mas ó ménos frecuente, pero siempre real, con la raza blanca, hay aquí indudablemente, mas de tres quintas partes de indios de raza pura.

Quedan, por consiguiente, dos quintas partes para los mestizos y los blancos; y tomando en consideración la facilidad con que se aceptan en México, como pertenecientes á la raza blanca sin mezcla, personas por cuyas venas corre cierta porción de sangre india, se puede asegurar que el número de legítimos caucásianos no será sino de una dozava parte de todos sus habitantes.

Si las palabras del Evangelio que cita Cortés en una de las cartas que dirigió al emperador Carlos V, con motivo del Anáhuac: «Todo imperio dividido debe perecer,» son, hasta cierto punto, una verdad, aun cuando solo se trate de una división en partidos políticos ó religiosos, mucho mayor es el peligro para un país, cuando tal división se extiende hasta las razas que forman su población. La última guerra civil en los Estados-Unidos no ha sido tan empeñada, sino porque una cuestión de raza [la esclavitud de los negros], vino á complicar la de la preponderancia política entre el Sur y el Norte.

La verdad se parece á una semilla envuelta en un sinnúmero de capas, de las cuales cada una representa un error diferente. El progreso consiste en el despojo sucesivo de todas ellas. Es, por lo mismo, una simplificación.

La legislación de todos los pueblos, á partir de la época en que han salido de la barbarie, que es á la sociedad lo que el caos es á la creación, nos facilita un excelente ejemplo de este aserto, como Julio Simon lo ha demostrado respecto de la Francia,

en su admirable obra sobre «*La Libertad*.» *Cuanto mas múltiples y minuciosas, dice, son las leyes de una nación, tanto ménos adelantada se halla esta en civilización, así como una máquina es tanto mas perfecta, cuanto es ménos complicada.*

El mismo fenómeno se presenta en la organización social. Partiendo de la familia como el primer escalon de la sociedad, es decir, de un número casi ilimitado de círculos restringidos, representando por su diversidad, que frecuentemente llega á ser un antagonismo, un desparrame absoluto de fuerzas, con la extensión gradual de estos círculos, se ha llegado á la tribu, y de la tribu á las nacionalidades. Este principio de las nacionalidades, ni siquiera triunfa aún por completo en el mundo; por un lado lucha para obtener la autonomía de las naciones pequeñas contra la absorción de las grandes, como en Polonia y en Hungría; por otro, se esfuerza en hacer desaparecer las divisiones artificiales interiores que debilitan y paralizan su acción, como particularmente sucede en Alemania. La Francia, conglomeración de 325 provincias ántes de Luis XI, no ha alcanzado su unidad nacional, á pesar de los esfuerzos de aquel rey y de los de Richelieu, sino gracias á su gloriosa revolución de 1789, es decir, al cabo de tres siglos. Sin embargo, estas nacionalidades desaparecerán á su vez, para ceder el lugar al cosmopolitismo, á la unidad política y social del género humano, establecida sobre el reconocimiento de la mas amplia libertad individual. Todos los hombres serán hermanos, aunque no gemelos, y aun ménos siameses.

Creemos que la misma tendencia hácia la unidad existe en cuanto á las razas. Creemos que una sola raza [la culminante, la viril, la caucásiana], está destinada á subsistir. Todas las demas, aunque en

un término incalculable, serán absorbidas por aquella.

No se debe hacer aquí ostentación de una falsa compasión. No debe uno lamentarse y llorar sobre el destino final de las razas inferiores, sea que desaparezcan por el cruzamiento repetido con la caucásiana, sea que se extingan gradualmente por su falta de vitalidad intrínseca, sea que caigan víctimas de una exterminación violenta.

Al admirar la rosa y la encina, no echamos ménos esa vegetación disforme y de un desarrollo monstruoso, que fué quemada y carbonizada en una de las revoluciones geológicas del globo terráqueo.

La nobleza del león, la gracia del caballo, la agilidad del ciervo, nos impiden apiarnos de la desaparición de los mastodontes y de los ichtiosauros.

Solo lo que es perfecto ó lleva en sí el germen de una perfectibilidad ilimitada, tiene derecho á una existencia eterna.

Es necesario colocarse en las alturas de la filosofía y contemplar desde allí al género humano, como un viajero mira desde la cumbre del Popocatepetl el país que se extiende á sus piés como un vasto tablero. Se arrojan gritos de angustia al ver á un hombre ahogarse en la mar ó caer muerto bajo el puñal de un asesino; pero uno queda casi frio cuando lee los partes de una victoria que ha costado á la humanidad un centenar de miles de sus hijos. El hombre, tomado individualmente, sea cual fuere la raza á que pertenezca, tiene derecho á nuestra solicitud, á nuestra ayuda, á nuestro amor; pero el individuo debe desaparecer cuando se trata del porvenir de todo el género humano.

Moisés tuvo que atravesar el mar Rojo para llegar á la tierra de promisión; lo mismo el progreso pasa con demasiada frecuencia por un mar rojo de sangre, para

obtener la realización de su ideal. Es semejante al carro de aquel dios del Indostan, que aplasta bajo sus pesadas ruedas todo cuanto se opone á su marcha. El templo del porvenir se alza sobre las ruinas del pasado. La vida nace de la muerte, así como la rosa plantada en una tumba, extrae sus perfumes embriagadores de la asquerosa descomposición de un cadáver.

El mas cruel suplicio para un hombre jóven y vigoroso, es estar encadenado á un anciano decrepito, que ya no piensa sino en el reposo, mientras que él desea apaciguar su febril agitación en un movimiento continuo.

Cuando veais uncidos al mismo yugo, el caballo al lado de las musas y el buey arastrando los piés, no os admiraréis que Pegaso no tienda su vuelo hácia los cielos, llevándose á su pesado compañero.

La union de una raza destinada á perecer, con otra que tiene en sí el principio de la vida, es, pues, *a priori*, un hecho que perjudica esencialmente al progreso de la civilización en un país; y este hecho, como lo dijimos mas arriba, es la primera causa de las desgracias de México.

Mas para comprender mejor las malas consecuencias de tal union, describirémos á la raza indígena en sus rasgos característicos, haciendo resaltar los puntos que la distinguen mas particularmente de la caucásiana.

II.

RAZA INDIGENA.

Aunque los indios de México se dividen hasta en nuestros días en una multitud de tribus enteramente distintas unas de otras, con idiomas que por lo comun no tienen entre sí sino muy poca analogía, y cuyo número es tal vez mayor que el de todos

los que se hablan en Europa,¹ presentan, sin embargo, una semejanza típica, no solo entre ellos mismos, sino aun con los del resto de la América, y tambien con los pueblos que pertenecen á las demas razas descendentes, como la mongola y la malaya; de cuya semejanza muchos sabios etnógrafos, como de *Guignes*, *Horn*, *Scherer* y aun que con cierta reserva, *Humboldt*, han sacado la conclusion de un origen comun asiático; miéntras que nosotros los consideramos, como autoctones de este Continente.

El carácter típico de los indios se revela con mayor facilidad á un europeo que á un mexicano, porque sorprendido aquel de un color tan diferente del suyo, no advierte desde luego bajo esta uniformidad del colorido, la diferencia de los rasgos individuales. Es necesario tambien agregar á esto, que entre los pueblos poco civilizados, como son los indios, existe, segun la profunda, observacion del baron de *Humboldt*, mas bien una fisonomía de tribu y de horda, que una fisonomía propia á tal ó cual individuo, porque la cultura intelectual es la que mas contribuye á diversificar las facciones.

Es positivo que la raza indígena de México es actualmente inferior en civilizacion á la que tenía en tiempo de la expedicion

¹ Hé aquí los nombres de algunas lenguas indígenas, descritas y analizadas por el Sr. D. Francisco Pimentel.

1.—Azteca ó mexicana.

2.—Otomite (monosilábica como la china).

3.—Zapoteca.

4.—Maya ó yucateca.

5.—Tarasca.

6.—Totonaca.

7.—Mixteca (en dos ramales).

8.—Tarahumaa.

9.—Huasteca (en tres ramales).

10.—Mijé.

11.—Matlatzinca (casi perdida).

de Cortés. Sin embargo, no debemos olvidar que en el antiguo imperio del Anáhuac, la inmensa mayoría del pueblo estaba casi tan envilecida como hoy, excepto en ciertas comarcas que habian sabido conservar su independencia contra las invasiones de los emperadores de la poderosa Tenochtitlan, como por ejemplo Tlaxcala, donde las formas de una organizacion republicana habian desarrollado la conciencia de la dignidad humana. Entre los aztecas y los pueblos conquistados por la fuerza de sus armas, se encontraba como en todo Estado poco civilizado, y como testimonio de la imperfeccion de sus instituciones sociales, una minoría compuesta de los sacerdotes y de los nobles, dominando y explotando sin escrúpulo á la masa de la nacion, tanto mas degradada cuanto que estaba obligada por la falta absoluta de bestias de carga á encargarse ella misma de todos los trabajos que hasta los esquinales hacen ejecutar por los animales.

La sed de oro por una parte, y por la otra un fanatismo peor que el de los primeros sucesores de Mahoma, aunque ejercido en nombre del Dios del amor, destruyeron casi en su totalidad las clases privilegiadas y por consecuencia las mas instruidas de la sociedad azteca; de suerte que el pequeño número de nuestros vivientes de aquella civilizacion, se vió pronto confundido con el resto del pueblo bajo el cual, por la conquista de los españoles no hizo mas que cambiar de amo. Tres siglos y medio de servidumbre cristiana no han podido, pues, producir un cambio notable en el indio, ya embrutecido por no se sabe cuántos siglos de servidumbre pagana.

No nos ocuparemos aquí de las tribus salvajes de los Apaches, Comanches, Lipanes, Seris y otras, que devastaban perió,

dicamente los Estados de Nuevo-Leon, Coahuila, Durango, Chihuahua y Sonora, ni de la de los Mayos sublevados en la Península de Yucatan, porque se encuentran enteramente en la condicion de bárbaros, y no pueden considerarse como formando parte de la poblacion mexicana; y solo darémos los signos característicos del *indio manso*, del todo distinto bajo el punto de vista moral, de los salvajes que acabamos de citar, aunque parecidos bajo el punto de vista físico: el mismo color cobrizo de un rojo mas ó ménos oscuro, el mismo cabello negro, lasio y liso; la misma escasez de barba, el mismo ojo alargado, teniendo el ángulo exterior levantado hácia las sienes; los mismos pómulos salientes; los mismos labios gruesos y carnudos; la misma nariz aplastada.

El indio de México es el tipo por excelencia de las razas descendentes. Nace viejo, aunque su poca barba, la particularidad de su cutis, que está mucho ménos sujeto á arrugarse que el del caucasiiano, y el color negro de sus cabellos, que encarnecen poco, lo hacen conservar hasta una edad avanzada cierto aire de juventud. El viajero observa admirado la expresion seria y reflexiva de la fisonomía hasta en un niño indio, miéntras que por el contrario el negro, aun viejo, tiene siempre algo de infantil en sus maneras. La alegría del indio es triste; su tristeza sombría. El sello de la muerte está impreso en su frente deprimida, desde la hora de su nacimiento. Parece que tiene un vago presentimiento de la fatalidad que pesa sobre su raza, la cual deberá desaparecer de la escena del mundo. Su espalda está habitualmente encorvada como bajo una carga demasiado pesada para sus fuerzas; aunque por supuesto hay muchas excepciones. Andando, se arrastra. Cuando se detiene, no queda

orgullosamente en pié: se agacha como para reducir el espacio que ocupa sobre la tierra. Su mirada permanece clavada en el suelo, como si buscara allí instintivamente el lugar donde encontrará el eterno reposo. No obstante, es de una constitucion física, vigorosa, bien que sus fuerzas musculares son inferiores á las del negro; pero es mas apto para los trabajos de resistencia que para los de impulsión, es decir, su fuerza es mas bien pasiva que activa. Gracias á su sobriedad respecto de los alimentos, que son sacados casi en su totalidad del reino vegetal, y se componen invariablemente de maiz, sobre todo en forma de *tortillas*, de *frijoles*, de plátanos y de *chile*; raramente está sujeto á deformidades corporales, y goza de una salud admirable. Como se observa entre todas las especies destinadas á desaparecer, tanto en el reino animal como en el vegetal, el indio es bastante apto para la procreacion; pero al mismo tiempo la mortalidad entre los niños de tierna edad es excesiva en esta raza, en comparacion de la que se ha comprobado entre los niños de las razas culminante y ascendente. Sin embargo, esta mortalidad puede atribuirse tambien á los matrimonios precoces, á los alimentos casi exclusivamente vegetales, los cuales, segun los principios de la bromatología, contienen una cantidad insuficiente de oxígeno, y al poco cuidado que toman los padres de su progenitura. El indio es ménos inclinado á embriagarse de lo que comunmente se cree. Cuando bebe con exceso el jugo fermentado del *maguay*, el *pulque*, su bebida nacional ó el *chinguirito*, aguardiente sacado de la caña de azúcar, busca en la embriaguez un olvido momentáneo de su deplorable condicion. Es poco comunicativo. El proverbio árabe: "La palabra es de plata; el silencio de oro," es practicado por el